

# La transmisión de la fe hoy: una tarea nueva

**Pedro José Gómez Serrano \***

*Puedes llevar a tu caballo,  
incluso a la fuerza,  
hasta el río.*

*Lo que no conseguirás de él es que beba  
si no tiene sed  
(Proverbio antiguo) <sup>1</sup>*

Hace pocos años, José Antonio Pagola iniciaba su excelente estudio *Testigos del Dios de la Vida* con estas palabras: «La fe cristiana pide ser comunicada. No hay por qué buscar grandes razones. Cuando uno vive a gusto con un Dios amigo y salvador, no puede ocultarlo. No necesita razones y motivos para comunicar su experiencia. Sencillamente vive su experiencia de Dios y la comunica de manera espontánea. Se le nota. El gran teólogo suizo K. Barth llega a decir: “Una fe que permanece en un asunto privado, sin manifestarse al exterior, no es más que una incredulidad escondida, una falsa fe, una superstición”<sup>2</sup> ¿Será así?»<sup>3</sup>. Comparto plenamente esta convicción y creo que constituye el punto de partida ade-

---

\* Profesor de Economía Internacional y Desarrollo de la UCM. Miembro de una comunidad cristiana de Pan Bendito

<sup>1</sup> Citado por Urbietta, José Ramón: *El regalo de sí mismo. Educarnos para educar*, Narcea 2005, p7.

<sup>2</sup> K. Barth, *Esquisse d'une dogmatique*. Delachaux et Niestle, Neuchatel 1960, 25

<sup>3</sup> Pagola, José Antonio: «Testigos del Dios de la vida», *CONFER*, vol 42, nº 162, p. 209.

cuado para la reflexión que quisiera desarrollar en estas páginas. En concreto, deseo compartir de un modo sencillo algunas intuiciones que han ido brotando poco a poco en mí, en el intento de buscar caminos actuales a la evangelización que sean fieles tanto al acontecimiento de Jesús el Cristo, como al contexto sociocultural en el que nos movemos. Es ésta una preocupación compartida por el conjunto de los creyentes, sean cristianos de base o responsables eclesiales<sup>4</sup>.

La Iglesia no se entiende a sí misma si no es desde la tarea evangelizadora. De un modo u otro, los mejores creyentes de todas las épocas han percibido la importancia y la urgencia de difundir el Evangelio y a ello se han dedicado con todo el entusiasmo y la creatividad posibles. La exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi* lo expresa con meridiana claridad: «Nosotros queremos confirmar, una vez más, que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia (...). Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su Muerte y Resurrección gloriosa»<sup>5</sup>. Ya sabemos que evangelizar es más que anunciar el Evangelio –también consiste en intentar hacerlo realidad en nuestro mundo– pero, en cualquier caso, implica necesariamente comunicar de un modo explícito el acontecimiento de Jesús y proponer su seguimiento como forma de vida.

Con todo, la tarea a la que se enfrentan las comunidades cristianas de la Europa desarrollada en el inicio del siglo XXI resulta verdaderamente novedosa. El mismo papa Pablo VI –en el documento y número anteriormente citado– señala que la evangelización es «una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más

<sup>4</sup> Martínez, Donaciano, González, Pelayo, y Saborido, José Luis (compiladores): *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto*, Sal Terrae, Santander 2005.

<sup>5</sup> Pablo VI: *Evangelii nuntiandi* n.º 14, 8 de diciembre de 1975.

urgentes». No hay peligro de equivocarse si añadimos que, estas palabras, tienen hoy mayor vigencia que cuando fueron escritas hace más de treinta años. Es cierto que la Iglesia ha tenido que adaptarse a muchos cambios a lo largo de su bimilenaria historia: el paso del judaísmo a la cultura grecolatina, el tránsito de una situación de persecución a convertirse en la religión oficial del Imperio romano, la ardua tarea de la evangelización de los pueblos bárbaros, la predicación en las colonias de América, África y Asia a personas que poseían culturas muy distintas a la europea, los retos del Renacimiento y la Ilustración, el nacimiento de la sociedad industrial y los nuevos movimientos sociales, etc., y, sin embargo, la crisis actual es, para muchos analistas, radicalmente distinta<sup>6</sup>.

## EL CONTEXTO EN EL QUE SE REALIZA EL ANUNCIO

Al dirigir la mirada al entorno en el que nos movemos caemos rápidamente en la cuenta de que estamos asistiendo a un verdadero «cambio climático cultural» de una envergadura que difícilmente podría sobreestimarse. En concreto, pueden observarse varios fenómenos de hondo calado: se ha producido una ruptura radical con las tradiciones de sentido en las nuevas generaciones; el contexto cultural se caracteriza por una notable ausencia de lo religioso, por un enorme pluralismo de cosmovisiones y por una situación de cambio permanente, al tiempo que se detecta la incapacidad de la Iglesia para acompañar ese cambio a fin de formular y vivir de una manera significativa el Evangelio: esto es, como *valioso* y *positivo*. Ni siquiera podemos equiparar nuestra situación con la del cristianismo naciente: ellos tenían la ventaja-desventaja de la novedad (hoy, en Occidente, el cristianismo es percibido como una «gloriosa reliquia del pasado» propia de «Las Edades del Hombre»); la ventaja-desventaja del predominio de la lógica carismática sobre la institucional (hoy la institución eclesial aparece como un cuerpo esclerotizado con muy poca capaci-

<sup>6</sup> Martín Velasco, Juan: *El malestar religioso en nuestra cultura*, Paulinas, Madrid 1993, o *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1998. Mardones, José M.<sup>a</sup> *¿A dónde va la religión?*, Sal Terrae, Santander 1996.

dad de reacción frente a los nuevos desafíos) y, además, la ventaja-desventaja de que la experiencia religiosa bullía en sus diversas versiones por todo el Imperio como fenómeno natural (hoy la ausencia de interés por lo religioso es la tónica dominante). Por no decir que –en otro plano del análisis–, en aquel entonces no existían ni el desarrollo económico, ni el estado del bienestar y que, por ello, las comunidades cristianas representaron para los pobres y la gente sencilla un espacio de reconocimiento, ayuda mutua y esperanza descomunales que hoy no resultan tan necesarios.

Para la Iglesia, la novedad radical del momento presente consiste en esto: acostumbrada a incorporar en su seno al conjunto mayoritario de la población que percibía el cristianismo como un hecho natural y masivamente establecido, se está viendo obligada a replantear su presencia pública como una institución que invita a vivir una experiencia que ha perdido buena parte de su plausibilidad social: la fe cristiana ha pasado de ser obviamente compartida a presentarse como profundamente contracultural. Hasta hace relativamente poco tiempo, la acción de la Iglesia consistía en socializar religiosamente a los individuos en la normalidad, con el inestimable respaldo de la familia, la parroquia y la escuela y, todo ello, en un clima cultural en el que aún se escuchaba «un rumor de ángeles»<sup>7</sup>. La experiencia religiosa contaba con una gran credibilidad y eran los no creyentes quienes parecían tener que cargar con el peso de la prueba sobre la bondad de sus convicciones. Hoy, sin duda, la carga de la prueba –la necesidad de justificación– recae en quienes afirmamos tener experiencia de Dios, en quienes sostenemos que los valores del Evangelio –perdón, fe, entrega, austeridad, lucha por la justicia, etc.– aportan la felicidad, y en quienes concebimos el compartir como la forma más humana de ser y de vivir.

Tras el Concilio Vaticano II la fe sociológica generalizada que caracterizaba a la mayoría de los bautizados fue objeto de un intenso esfuerzo eclesial de purificación, fundamentación y personalización, que se llevó a

---

<sup>7</sup> BERGER, Peter: *Rumor de ángeles*, Herder, Barcelona 1975.

cabo a través de múltiples procesos catecumenales. Hoy, sin embargo, el desafío pastoral consiste en descubrir caminos para que las personas, con cierta actitud de búsqueda, puedan acceder a una experiencia desde cero –por lo que se refiere a lo religioso– y a la contra –por lo que se refiere a los valores del Evangelio–, que se encuentran en franco contraste con los que predominan en la sociedad de consumo. Y, sobre todo, el verdadero reto consistirá en hacerlo sin caer en las tentaciones del gueto o la reconquista, sino desde las actitudes de la escucha, el diálogo y la propuesta respetuosa y convencida. No podemos seguir haciendo más de lo mismo: ni el desánimo ni la condena sirven para nada, como no sea para alejar aún más a los destinatarios del anuncio evangélico. Es la hora de la creatividad. Como bien señalaba Karl Ranher hace muchos años: «en la situación actual de la iglesia y del mundo, tras un tiempo tan largo de inmovilismo y de miedo por parte de la iglesia ante los cambios socioculturales del mundo, se puede decir que es más seguro el riesgo de los nuevos experimentos tan ponderado y medido como sea posible, que permanecer apegados a las formas tradicionales, que hoy ya no se adaptan a la expresión del mensaje cristiano»<sup>8</sup>.

La situación someramente descrita genera hoy en día entre los evangelizadores una doble experiencia que sintoniza a la perfección con la que, por lo que él mismo cuenta, tuvo san Pablo. Así, al dirigirse a los corintios confesaba que «Si evangelizo, no es para mí motivo de vanagloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Hay de mí si no evangelizara!» (1 Cor 9, 16). Es decir, la experiencia de fe que tenía Pablo era tan formidablemente positiva, que no podía por menos que querer compartirla con otros. Esto es, desde luego, lo que nos ocurre a quienes hemos descubierto en Jesús el camino que lleva a la verdadera vida (Jn 14, 6). Pero, como también sabemos, su anuncio fue incomprendido o despreciado por una parte mayoritaria de los destinatarios. En el famoso discurso en el Areópago de Atenas se relata que: «Al oír lo de la resurrección de los

<sup>8</sup> Citado en Ramos-Regidor J.: *El sacramento de la penitencia*, Sigueme, Salamanca, 1975 p. 88.

muertos unos se burlaban y otros decían: “Ya te escucharemos sobre este asunto en otra ocasión”» (Hch 17, 32). Que el cristianismo es –hoy como entonces– para muchos de nuestros contemporáneos «escándalo, locura y necedad» (1 Cor 1, 23-24), como opinaron en su tiempo judíos y gentiles, parece claro. Es algo que constatan cada día los catequistas, animadores de grupos de fe y predicadores cristianos. A esto debemos enfrentarnos con esperanza y «sin acritud», evitando abaratar, degradar o adulterar el mensaje cristiano siguiendo –también en esto– el consejo de san Pablo: «No os amoldéis al mundo este» (Rom 12, 2); pero sin olvidar tampoco otra actitud genuinamente paulina que defiende la necesidad de inculturar profundamente el contenido de la predicación: «Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hice todo a todos para ganar a algunos» (1 Cor 9, 22).

A qué se debe esta crisis de relevancia del cristianismo después de casi dos milenios de presencia dinámica y fecunda en Occidente, es algo que se debate con enorme intensidad. No cabe duda de que existe una pérdida de vitalidad de las comunidades cristianas y de que muchas de las posturas oficiales de la Iglesia generan más alergia que interés por el Evangelio y, sin embargo, soy de los que piensan que el problema de la pérdida de credibilidad del cristianismo va más allá de la debilidad de la experiencia cristiana de los bautizados o del inadecuado lenguaje con el que formulamos y celebramos nuestra fe<sup>9</sup>. En el fondo, asistimos a un enorme cambio de mentalidad que no está causado por alguna mente perversa, sino que es resultado de numerosos factores técnicos, sociales, políticos y económicos, que ha resituado muy profundamente el modo de afrontar la vida de los ciudadanos de las sociedades acomodadas del primer mundo y que se extiende rápidamente también entre los pueblos que no tienen acceso a nuestro bienestar material<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> González FAaus, José Ignacio: «Crisis de credibilidad en el cristianismo. España como síntoma» *Concilium*, n.º 311, Estella (Navarra) 2005, pp. 323-332.

<sup>10</sup> Lipovetski, Gilles: *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*, Anagrama, Barcelona 2007.

Una cuestión de fondo debemos de plantearnos –antes de nada– todos los que queremos contribuir a difundir el Evangelio: ¿Hay sed de Dios hoy? Es una pregunta clave cuya respuesta tendría que orientar todo lo que hiciéramos. Si «sólo Dios sobra», ¿para qué seguir dando la lata a nuestros satisfechos contemporáneos? Mi respuesta provisional sería esta: no es que el ser humano haya perdido la capacidad de buscar «palabras de vida eterna», sino que la sociedad de consumo con su amplia oferta de los pequeños placeres que configuran eso que llamamos bienestar, amortigua la sed radical de sentido con sus sucedáneos<sup>11</sup>. Con todo, detrás de tanto bienestar aparente se oculta mucho malestar profundo, las vidas llenas de cosas se encuentran –con frecuencia– vacías de sentido y los múltiples mecanismos de entretenimiento que tenemos a nuestra disposición no logran eliminar –muchas veces– un profundo aburrimiento y hastío vital. Definitivamente, la *vida en la abundancia* –para aquellos que logran acceder a ella o para sus incontables candidatos– no es, precisamente, la *vida abundante* que vino a traer Jesús de Nazaret (Jn 10, 10). Por ello, sigue teniendo pleno sentido seguir proponiéndola.

## LA TRANSMISIÓN DE LA FE

La expresión «transmisión de la fe» –tan frecuentemente utilizada, por otra parte, en los documentos de la Iglesia– es contradictoria en sus propios términos<sup>12</sup>. Por su misma naturaleza, la fe no puede transmitirse. Efectivamente, la fe es una relación de confianza y amor que resulta «personal e intransferible». No tiene mucho sentido decir «te transmito a mi amigo o a mi mujer» como si se trataran de cosas o posesiones propias. A la fe accede cada ser humano cuando, en medio de sus circunstancias vitales, se descubre remitido a un fundamento que le sostiene, interpela,

<sup>11</sup> Gómez Serrano, Pedro J.: «Jóvenes sin preguntas religiosas: una cuestión de *teocomunicaciones*», en *La Iglesia y los jóvenes a las puertas del siglo XXI*, Ed. Verbo Divino, Estella 2002.

<sup>12</sup> Gómez Serrano, Pedro José: «La transmisión de la fe», *Nuevo diccionario de Pastoral*, San Pablo, Madrid 2002, pp. 1506-1519

acompaña y espera. La fe implica también un ejercicio de opción y riesgo que los creyentes entendemos inspirado y sostenido por el mismo Dios. Buscamos a Dios pero, al encontrarle, descubrimos que él nos buscaba, esperaba y amaba antes de que nosotros hubiéramos dado el primer paso hacia él. Es algo que recuerda muchas veces la Escritura: «Dios infundió en vuestro corazón el Espíritu de su Hijo que os hace exclamar: ¡Abba, Padre!» (Gal 4, 6); «Nadie puede decir Jesús es el Señor sin la fuerza del Espíritu» (1 Cor, 12, 3); «Dios nos amó primero» (Jn 4, 10). Por eso, podemos decir que la fe es gratuita en un doble sentido: porque no la merecemos ni obtenemos por nuestros propios méritos y porque no se impone con la fuerza de la argumentación apodíctica o de la evidencia empírica, sino que apela a nuestra libertad suavemente, cuando nos tomamos la vida y su sentido lo suficientemente en serio, dejando un margen razonable tanto para la confianza como para el escepticismo.

Pero si lo anteriormente expuesto fuera lo único que cupiera decir en este tema, sobraría toda la actividad evangelizadora y catequética de la Iglesia. Las cosas no son, sin embargo, así. Si bien la fe no puede transmitirse «cosificadamente» puede, sin embargo, expresarse, comunicarse, testimoniarse y proponerse. Y al predicarse el Evangelio con la autoridad de quien lo ha experimentado de alguna manera, puede provocar, en el destinatario que está en actitud de búsqueda o abierto al menos al mensaje, una especie de descubrimiento en sí mismo de esa misma experiencia: «esto es lo que yo estaba buscando». Cuando hablamos coloquialmente de que la fe se contagia, lo que en realidad queremos decir es que la comunicación de la vivencia del creyente puede actuar como catalizadora de una reacción análoga en otras personas. El anuncio no «produce» o «causa» la fe de forma mecánica, porque ésta es la misteriosa respuesta del ser humano a la no menos misteriosa llamada de Dios que, con ocasión de cualquier tipo de acontecimiento, puede llegar a resonar en su corazón.

Y aunque la libertad de Dios y su acción liberadora en la historia no pueden ser limitadas en modo alguno, ni circunscribirse al ámbito de ninguna institución humana, sí cabe sostener que el entorno de una comunidad cre-

yente constituye ordinariamente el microclima adecuado en el que la interpelación del Evangelio llega a resonar de un modo más nítido, creíble, profundo y global<sup>13</sup>. Con todo, no hay comunidad o proceso pedagógico que pueda sustituir el acto de fe personal. Y viceversa: no puede darse acto de fe en Jesucristo si no hay quien le de a conocer a quienes no han tenido noticia suya. La fe es eclesial tanto por el hecho de que es la Iglesia la que vive y ofrece lo que vive al resto de los seres humanos —que no inventan una fe desde cero—, como porque el evangelio sólo puede vivirse en fraternidad, como porque la Iglesia —con toda su fragilidad y pecado— es el mismo Cuerpo de Cristo visible históricamente. Pero, a un tiempo, sigue siendo cierto que el acto de fe es el más íntimo, original e insustituible de cualquier ser humano.

En este sentido, también parece oportuno clarificar otro frecuente malentendido popular que identifica la gratuidad de la fe con una especie de arbitrariedad divina que a unos se la concede y a otros no<sup>14</sup>. Para los cristianos hay algo claro: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 4). Por consiguiente, lo que debemos pensar es que, como ocurre con cualquier otro acontecimiento humano, la fe depende de las circunstancias de cada individuo, de su capacidad para acceder a una experiencia que reclama en las personas cierta consistencia o infraestructura espiritual —que no hay que confundir con alto nivel cultural o elitismo espiritual—, de la calidad y acierto de la proclamación del kerigma y de la propia actitud del individuo hacia el anuncio que se le presenta. De ahí la importancia de que la comunicación tenga en cuenta el testimonio del emisor, la autenticidad del contenido, el acierto en el lenguaje utilizado, el contexto en el que se realiza la comunicación y la situación del destinatario. Los creyentes afirmamos que Dios está en medio de todo el proceso, alentándolo. Todos los seres humanos

<sup>13</sup> Uribarri, Gabino: «La imagen de cristo y la comunión de la Iglesia», *Sal Térrea* n.º 1.119, enero 2008, pp. 3-16.

<sup>14</sup> González-Carvajal, Luis: *Evangelizar en un mundo postcristiano*, Sal Terrae, Santander 1993.

están capacitados para creer, como para amar y para esperar, aunque no todos han tenido la posibilidad real de llegar a tener esa experiencia por múltiples motivos.

Cuando hacemos memoria de cómo hemos llegado a ser creyentes, todos podemos narrar nuestra particular historia de la salvación. En ella siempre ocurre que ciertas personas y determinados acontecimientos desempeñaron un papel fundamental, además de nuestra propia actitud. Y, con todo, tampoco aquí deberíamos pensar en clave determinista: han descubierto la fe personas en circunstancias completamente distintas y, al mismo tiempo, las mismas circunstancias de la vida —o muy parecidas— a unos les han permitido encontrar la fe y a otros les han llevado a perderla. Nada tiene de extraño este fenómeno cuando recordamos que el mismo Jesús fue ignorado por una buena parte de sus contemporáneos, incomprendido por sus más allegados, criticado y perseguido por un grupo numeroso de fariseos, escribas y sacerdotes, y ajusticiado con la colaboración de las máximas autoridades políticas y religiosas de Israel.

¿En qué consiste, pues, la esencia de la evangelización? A mi modo de ver en dos cuestiones elementales. En primer lugar, en caer en la cuenta de que somos, simplemente, «organizadores de citas». El evangelizador es alguien que dice a otra persona «tengo un amigo que me ha cambiado la vida. Si quieres, te lo presento». De este modo, el testimonio consiste en manifestar a Jesús con la mayor objetividad posible pero, también, el modo en el que su presencia ha llenado nuestra vida de alegría y ha ampliado radicalmente sus horizontes. Somos responsables de organizar el encuentro con toda la delicadeza, entusiasmo y respeto que podamos, pero en modo alguno podemos mantener bajo control el resultado de la «cita», que queda situada en la conciencia de cada persona. Tomar en consideración este hecho resulta para mí verdaderamente liberador, porque ya no tenemos que cargar con el peso de «un déficit en la cuenta de resultados de nuestra pastoral» y, al mismo tiempo, esta constatación no disminuye en nada la responsabilidad de los creyentes en hacer una anuncio apasionado y significativo del Evangelio.

En segundo lugar, al comunicar la fe no llevamos a la otra persona lo que no tiene, sino que le ayudamos a caer en la cuenta de que se encuentra habitado por una presencia amorosa que lo sustenta y que los cristianos llamamos Dios. Con su característica precisión, Juan Martín Velasco ha descrito este fenómeno: «La transmisión de la fe —ahora percibimos con claridad la inadecuación y la ambigüedad de la expresión— no consiste en la donación a otro de una gracia o una fe que le fueran ajenas y que él podría reducirse a recibir como algo aportado por el agente de la transmisión. De la misma manera que las más nobles comprensiones de la pedagogía la entienden como un proceso por el que el educador hace que aflore en el educando lo mejor de sí mismo para que lo asuma y lo realice<sup>15</sup>, así, con más razón, la mistagogía es la relación, delicada como ninguna otra, por la que el iniciador facilita la toma de conciencia por el sujeto de la presencia originante del Misterio en su interior y le ayuda a consentir a la llamada a una existencia divinizada que esa Presencia le está dirigiendo permanentemente. Transmitir la fe es, fundamentalmente, educar a la persona en la experiencia de Dios presente en su interior, provocando en ella la adhesión de la fe y la experiencia de esa adhesión. Sólo hay transmisión a un sujeto cuando se ha suscitado en él la respuesta que hace posible la adhesión creyente de toda su persona a la presencia de Dios en él»<sup>16</sup>.

## LA MOTIVACIÓN Y LAS ACTITUDES DEL EVANGELIZADOR

En una época en la que —paradójicamente— los animadores de la fe pueden encontrarse algo desanimados, al ver el escaso fruto de sus esfuerzos, algo hay que decir respecto a los motivos que nos llevan a proclamar la Buena Noticia. Y para que comprendamos mejor la dificultad de la tarea, bueno

<sup>15</sup> Corzo, José Luis: *Actualidad de los orígenes clásicos de la educación. Un diálogo socrático al empezar curso y milenio*. (Lección inaugural del curso académico 2000-2001), Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid 2001.

<sup>16</sup> Martín Velasco, Juan: *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*. Sai Terrae, Santander 2002, p 86.

sería señalar que lo de que Jesús es Buena Noticia requiere, de entrada, una pequeña matización. Como bien señalan los evangelios, el Reino de Dios es una buena noticia, pero no para cualquiera, sino para los *pobres*, esto es, para aquellos cuya vida está amenazada, oprimida o excluida y que no pueden «salvarse a sí mismos» de un modo autosuficiente. Como recuerdan simbólicamente los relatos de la infancia que acabamos de proclamar en Navidad, para quienes vivían cómodamente alojados en sus casas de Belén, José y María —con su necesidad imperiosa de alojamiento— no dejaban de representar un incordio, una molestia. Para los poderosos como Herodes y, más tarde, para los ricos, los sacerdotes y los piadosos, Jesús y su mensaje representaron una seria amenaza y un verdadero peligro. A la hora de la verdad, junto al pesebre estaban dos tipos de personas: los sencillos y marginados (representados por los pastores) y los insatisfechos, que buscaban a Dios siguiendo sus destellos (los magos de Oriente).

Lo mismo podríamos decir hoy. Para quienes vivimos instalados en la sociedad del bienestar, poniendo nuestra confianza en el aumento del nivel de vida, el avance de la ciencia médica y los seguros —públicos o privados—, el Evangelio, con su enérgica llamada a la conversión que consiste —básicamente— en colocar las necesidades del resto de la humanidad y particularmente de sus miembros más humillados, en el centro de nuestro interés, cariño, preocupación y acción, es una verdadera «verdad incómoda». Ni que decir tiene que, para quienes detentan el poder político y económico de nuestro mundo y para quienes somos cómplices de su actuación por indiferencia o pasividad, la lógica del Reino y su denuncia implacable de las condiciones de explotación y exclusión que genera el vigente modelo de desarrollo resultan una verdadera amenaza. No por casualidad las teologías de la liberación han sido perseguidas implacablemente en los últimos años. En la época de Jesús «los ricos» eran, como mucho, el 5% de la población<sup>17</sup>. Hoy esos ricos somos la mayoría de nosotros; los ciudadanos del Norte, en un planeta que no puede ser mejor retra-

---

<sup>17</sup> Castillo, José María: *El Reino de Dios. Por la vida y la dignidad de los seres humanos*. Desclé De Brouwer, Bilbao 1999. Saulnier, Ch. y Rolland, B.: «Palestina en los tiempos de Jesús», *Cuadernos bíblicos* n.º 27, Verbo Divino, Estella 1981.

tado por ningún estudio científico que con la parábola del epulón y el pobre Lázaro (Lc 16, 19-31). No resulta fácil anunciar el Evangelio a los ricos porque creen que no lo necesitan y porque acogerlo representaría una verdadera revolución en sus vidas, aunque casos como el de Zaquenos permitan mantener la esperanza de que algunos puedan «no estar lejos del reino de los Cielos» (Lc 19, 1-10), si bien la reacción del joven rico (Lc 18, 18-27) pueda continuar siendo mayoritaria.

Centrándonos ya en el análisis de los motivos para anunciar a Jesús, quizá lo primero que debería alegrarnos es el descrédito en que han caído muchos falsos argumentos que, en el pasado, alimentaron lo que se denominaba «el celo apostólico». Con la mejor intención, pero equivocadamente, durante siglos la predicación se alimentaba de la convicción de que quienes no se bautizaran, no pertenecieran a la Iglesia o estuvieran en pecado se condenarían eternamente en un infierno lleno de sufrimientos y torturas<sup>18</sup>. Semejante interpretación condujo a una imagen de Dios verdaderamente sádica que sólo podía genera «temor» o «rechazo»<sup>19</sup>. Aún en nuestros días, muchos de nuestros mayores pueden relatar el miedo que esta imagen causó en sus primeros años. Hoy, felizmente, la teología presenta una imagen de Dios en la que la compasión y la misericordia sin límite son sus rasgos más característicos<sup>20</sup>. Sabemos que su Espíritu sopla donde quiere y que ama a todos sus hijos e hijas sin distinción de raza, credo o condición social con una preferencia particular —como una buena madre— por aquellos que más sufren.

Tampoco son de recibo muchos oscuros motivos que alientan —en ocasiones— la acción de la Iglesia, aunque nunca se reconozcan en público. Me

<sup>18</sup> Interesantes testimonios de Ignacio Sotelo en González Faus, José Ignacio y Sotelo, Ignacio: *¿Sin Dios o con Dios? razones del agnóstico y del creyente*, HOAC, Madrid 2002.

<sup>19</sup> Varone, François: *El Dios sádico: ¿ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae, Santander 1988.

<sup>20</sup> Entre nosotros, Andrés Torres Quiruga ha realizado un esfuerzo formidable por deshacer el malentendido: *Creer de otra manera*, Sal Terrae, Santander 1999; *Creo en Dios Padre*, Sal Terrae, Santander 1986; *Recuperar la salvación*, Sal Terrae, Santander 1995.

refiero a la búsqueda de poder y prestigio social; al deseo de controlar las conciencias y los comportamientos de los individuos; a la aspiración a «engordar» a la propia institución para que se desarrolle con esplendor; a la preocupación por aumentar el número de fieles a toda costa para reducir el miedo a pensar que estamos equivocados cuando la mayoría de nuestros coetáneos dan la espalda al mensaje que proclamamos, etc. Estos y otros motivos pueden explicarse fácilmente a partir de la debilidad humana y de las patologías propias de toda organización social, pero carecen de cualquier legitimidad desde el punto de vista evangélico y más bien velan que revelan el anuncio cristiano. Hoy está fuera de toda duda que la Iglesia no vive para sí misma, sino para servir al conjunto de la Humanidad mediante el anuncio y acogida del Reino de Dios. Cualquier otra consideración es una traición a su misión en el mundo. La Iglesia proclama al Dios revelado en Jesús, pero no tiene su monopolio. Los creyentes tenemos, sin duda, la suerte de haber conocido al Dios de Jesús, pero esto no representa ningún privilegio sino, en todo caso, una verdadera responsabilidad: la de estar a la altura de nuestra vocación.

Si Dios ama a todos los seres humanos sin hacer acepción de personas, culturas o creencias y si, además, hoy reconocemos que «fuera de la Iglesia sí hay salvación»: ¿Qué sentido tiene nuestra labor evangelizadora? A mi modo de ver, mucho. Porque una cosa es tener padre<sup>21</sup> —y, en principio, todos tenemos uno— y otra, muy distinta, es conocerlo, comunicarse con él y mantener una relación amorosa y confiada conscientemente. Esto es lo que aporta la fe: una toma de conciencia expresa de ese misterio de amor infinito en el que todos los seres humanos «vivimos, nos movemos y existimos» (He 17, 28) pero del que no somos muchas veces conscientes y al que, por consiguiente, no podemos apelar ni corresponder. Para quien cree en Dios, todo cambia, y no porque Dios —como el genio de la lámpara de Aladino— conceda todos sus deseos, sino porque puede enfrentarse a los problemas comunes de la existencia —que todos

---

<sup>21</sup> Hablando con mayor precisión, Dios es Padre/Madre, pues sus rasgos —en la revelación cristiana— incluyen dimensiones y actitudes de ambos géneros si cabe hablar así en el simbólico lenguaje religioso.

los humanos compartimos— con una energía, un amor, una luz y una esperanza que sólo el mismo Dios puede otorgar. No pensemos que la fe resuelve los problemas mágicamente o que hace la vida más cómoda. Por el contrario, en la persona de Jesús hemos aprendido cómo la fe —en un mundo injusto como el nuestro— más bien la complica, aunque, eso sí, llenándola de pasión y de sentido.

Los cristianos, felices de habernos encontrado con el Dios de Jesús, «no podemos callar lo que hemos visto y oído» (Hch 4, 20) Y esto no por voluntarismo u obligación. Según el Nuevo Testamento, no «debemos» o «tenemos que» ser la luz del mundo o la sal de la tierra, sino que lo somos (Mt 5, 13-14). Y si no lo manifestamos de forma espontánea y natural, ello será la «prueba del algodón» de que, en verdad, no creemos. No «tengo que mostrarme alegre» porque me ha tocado «el gordo», me sale. No «tengo que besar o abrazar a los que quiero», me brota espontáneamente. Cuando alguien está enamorado —y esta imagen, presente en el *Cantar de los Cantares* ha sido repetidamente utilizada en la mística para ilustrar la experiencia creyente— se le nota en la cara<sup>22</sup>. También esto pasa —discreta pero palpablemente— con los amigos de Dios: traslucen una presencia sanadora y estimulante que los anima. Generan alrededor un clima de paz, confianza, alegría y servicio que brota de la misma fuente que sacia su sed más radical.

Pero además, en el caso cristiano, no podemos hablar de la fe en Dios en general, sino del carácter único que Jesús tiene en el acceso a la fe; «iniciador y consumidor de la fe» (Heb 12, 2) dirá el autor de la carta a los Hebreos. Conviene recordar las palabras que José Antonio Pagola repite una y otra vez: «Jesús es de todos, no sólo de los cristianos. Su vida y su mensaje son patrimonio de la Humanidad»<sup>23</sup>. La Iglesia, al anunciarle y proponerle como referencia definitiva de la realización humana y de la cercanía de Dios, ofrece —de regalo— lo mejor que tiene, sin intentar cap-

<sup>22</sup> Pagola, José Antonio: «Vivir enamorado», *Diario Vasco*, 25 de mayo de 2003.

<sup>23</sup> Pagola, José Antonio: *Jesús, aproximación histórica*, PPC, Madrid 2007, p. 8.

turar a nadie entre sus redes, convencida de que acoger a Jesús, su mensaje, su proyecto y su experiencia de Dios puede ser extraordinariamente positivo para la vida de las personas y para la construcción de una sociedad más humana y fraterna. En definitiva, el Evangelio es bueno para la salud y no tiene efectos secundarios negativos. Por eso, quien comunica el Evangelio sólo pretende ayudar a otros a conocer mejor a Jesús, para que puedan –si resultan tan fascinados como ellos– amarle y seguirle en la vida.

Otra cuestión será descubrir y reconocer cómo para alimentar esa experiencia, celebrarla y proyectarla en la vida resulta absolutamente necesaria la comunidad de los creyentes, dado que intentar vivir del amor y para el amor en solitario es un verdadero contrasentido. Máxime en un clima que prescinde de la experiencia religiosa en la configuración de las identidades personales y que promueve, muchas veces, valores que se oponen a los del reinado de Dios tal y como los formuló Jesús en las Bienaventuranzas. El marco eclesial –por la referencia explícita con la que se refiere al Evangelio– constituye el «microclima» más adecuado para cultivar la amistad con el Dios de Jesús. En él escuchamos las palabras de Jesús una y otra vez, podemos encontrarnos con él en la oración y celebrar su cercanía en la Eucaristía, discernimos cómo hemos de vivir hoy su seguimiento, nos ayudamos unos a otros para ser fieles a su misión, practicamos su género de vida...

Lo dicho nos lleva a plantearnos otra cuestión crucial: ¿Qué actitudes deberían acompañar al evangelizador? A este respecto me parece útil empezar por identificar las que deberían evitarse, dado que han generado con mucha frecuencia una verdadera alergia entre nuestros contemporáneos. Demasiadas veces los creyentes han presentado sus creencias en clave de *tener*, de *poder* y de *saber*. Así, la Iglesia parecía tener el monopolio del acceso a lo sagrado, el poder de incorporar o alejar de la salvación a los individuos y un conocimiento completo y preciso de la voluntad de Dios que le permitía actuar como *portavoz oficial* del mismo. A mi modo de ver, en nuestra cultura esta pretensión resulta inconcebible. Creo

que sería mucho más evangélico decir que es Dios quien nos tiene en sus manos, sin que nosotros podamos en modo alguno poseerlo; que es Dios quien se ofrece a todos los seres humanos sin distinción y que la Iglesia es la que comunica esa buena noticia; que los creyentes no conocemos a Dios completamente ni hemos recibido al dictado su revelación, sino que somos apasionados buscadores suyos que tenemos la suerte, eso sí, de tener en la Biblia, y más precisamente en los evangelios, una clave de discernimiento, una «linterna», una «brújula», un modesto «mapa del tesoro», para descubrirle en la vida y rastrear su voluntad liberadora. Sigue teniendo plena validez el mandato veterotestamentario de «No tomar el nombre de Dios en vano» (Éx 20, 7). Cuando en su nombre afirmamos dogmáticamente ante la sociedad tantas cosas sobre temas enormemente discutibles –pensemos hoy en asuntos como la sexualidad, la educación, la configuración del estado, la familia, etc.– estamos generando verdaderos escándalos, que alejan del Evangelio a personas absolutamente razonables y honestas. Cuando hacemos proselitismo, sin respetar la libertad de las personas, estamos haciendo añicos el estilo de predicación de Jesús.

Avanzando en nuestra reflexión y situándola en una clave propositiva debemos reconocer que no se puede comunicar ni transmitir la fe de cualquier manera. Como ha señalado de forma magistral Julio Lois y no me canso de citar: «La primera condición para anunciar el Evangelio de forma creíble y significativa ha de formularse así: la comunicación ha de brotar o estar enraizada en una experiencia gozosa y liberadora de la fe, capaz de percibir su carácter atrayente y hasta fascinante, su belleza y fecundidad. Es la experiencia que se da en el seguimiento de Jesús vivido en el seno de una comunidad creyente. Sólo ofertan la fe con credibilidad los convertidos, es decir, aquellos a quienes Dios les ha salido al encuentro en Jesús, les ha llamado y han respondido con fidelidad gozosa»<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> Lois, Julio: «Consideraciones para una teoría de la comunicación y transmisión de la fe», en *La transmisión de la fe en la sociedad actual*, II Semana de Estudios de Teología Pastoral, Verbo Divino, Instituto Superior de Pastoral, Madrid 1991, pp. 249-250.

No quisiera, sin embargo, que se malinterpretaran las anteriores palabras en el sentido de que sólo pueden comunicar la fe las personas profundamente creyentes, plenamente coherentes o radicalmente comprometidas. Al contrario, el cristianismo es para gente sencilla, no para superhéroes. Hoy nuestra sociedad espera más autenticidad que perfeccionismo, más pasión que erudición, más humildad que orgullo, más ternura que abnegación, más solidaridad que retórica, más alegría que sacrificio, más comprensión que juicio. El obispo de San Sebastián, José María Uriarte, ha expresado con acierto el modo del testimonio que hoy puede ser evangélicamente significativo y que, aunque él se refería a los presbíteros, me parece ampliable a todos los agentes de pastoral: «Más importante que la *cantidad* de lo que hacemos es el *modo* como lo hacemos. Es vital que este modo deje traslucir al Señor que actúa a través de nosotros. Ni la acción desganada, reducida a mínimos obligados, ni la acción frenética traspasada por la ansiedad, hacen debidamente patente al Señor presente y operante en nuestro ministerio»<sup>25</sup>. Por eso debemos concluir que la fe sana genera un estilo de vida alegre, confesante, agradecido, servicial y humilde, muy alejado del moralismo, el legalismo o el orgullo y coloreado con un saludable «sentido del humor».

## EL CONTENIDO DEL MENSAJE: EL TESORO ESCONDIDO

Podría parecer innecesario –por obvio– referirnos al contenido de la evangelización, pero me parece que, en este terreno, «el orden de los factores sí altera el producto». Es evidente que en la vida cristiana entran muchos ingredientes (ideas, creencias, moral, sacramentos, acción, oración, etc.). Con todo, me parece que muchas cuestiones secundarias pueden oscurecer lo fundamental: la vida cristiana consiste en encontrarnos personalmente con Jesús para, empapados como él del amor del Padre, seguirle impulsados por su Espíritu y pasar por la vida «haciendo el bien» (Hch 10, 38).

<sup>25</sup> Uriarte, Juan María: Desvalimiento y salud integral de los presbíteros, Obispado de Bilbao, 1991. Citado por Ubieta, José A.: *Un futuro inquietante. Cómo abordarlo evangélicamente*, Sal Terrae, n.º 952, p. 887.

Todo lo demás –doctrina, ética, liturgia y comunidad– está al servicio de lo primero y sólo tiene sentido como conjunto de mediaciones que fortalecen y realizan esa relación. Personas que confiesan intelectualmente el credo, que son honradas o generosas, que realizan las correspondientes prácticas religiosas y que forman parte de la Iglesia, pueden no ser cristianas si no han tenido las experiencias de la fe, la conversión, la amistad y el seguimiento de Jesús. Más aún, estoy convencido de que muchos elementos accesorios y circunstanciales del cristianismo «realmente existente» disuaden a muchas personas de acercarse a Jesús, porque perciben una doctrina dogmática, una ética restrictiva, una liturgia fosilizada y una comunidad medieval. Estas realidades, que todos conocemos, se convierten, muchas veces, en obstáculo insuperable para muchos de nuestros conciudadanos o, peor aún, en coartada para quienes no desean verse interpelados por el escandaloso mensaje de Jesús. Jesucristo, en su integridad –palabras y obras, mensaje y valores, ideas y sentimientos, vida, muerte y resurrección– es lo esencial que tenemos que anunciar, el único que no caduca o defrauda, el único que conserva siempre toda la frescura y novedad de Dios. Lo demás vendrá por añadidura, si llega el caso.

Si quisiéramos desplegar un poco más el «pack» de la salvación cristiana me parece que tendríamos que destacar cuatro dimensiones fundantes:

En primer lugar ser cristiano significa *haber experimentado de verdad* –no sólo saber– que *Dios nos ama plena e incondicionalmente*<sup>26</sup>. Que somos para él únicos e irrepitibles, que nuestro valor para él es sagrado. Por ello, él nos ha invitado a la existencia, su Espíritu nos acompaña en toda circunstancia y desde el futuro nos espera para llevarnos –más allá de la muerte– a una plenitud definitiva. La vida, desde esta perspectiva, no es una casualidad fruto del azar cósmico, una carambola, un punto de luz en una noche infinita (como ha cantado Aute<sup>27</sup>) o «una pasión inútil» como señalara Sartre, sino un acontecimiento cargado de futuro y de sentido. La

<sup>26</sup> González Faus, José Ignacio: *El rostro humano de Dios*, Sal Terrae, Santander 2007.

<sup>27</sup> Aute, Luis Eduardo: «De paso», en *Albanta*, Ariola, 1974.

vida humana cobra una consistencia y dignidad únicas, más allá de los protones y electrones que nos igualan a los pedruscos o las amebas. La nada y el olvido no tienen la última palabra sobre el sufrimiento de las víctimas, la existencia se percibe como algo más que ser una pieza del engranaje en el círculo de la producción y el consumo, que obtiene las migajas de los pequeños momentos de placer del «comamos y bebamos que mañana moriremos». Sin duda la fe cambia radicalmente el horizonte de la existencia. El creyente sabe que nunca está completamente solo, que el amor es más fuerte que la muerte, que su autoestima no puede ser pequeña porque —opinen lo que opinen los demás o uno mismo— nada menos que Dios le estima infinitamente, que toda lucha por la justicia será rescatada de un modo u otro. Esta es, sin duda, la verdadera Buena Noticia que nos viene de regalo en la persona de Jesucristo.

En segundo lugar, el cristianismo representa *un estilo de vida verdaderamente alternativo*. «Marcus Borg, uno de los investigadores del Jesús histórico más leídos en el mundo, afirma que existe hoy un consenso entre los historiadores en considerar a Jesús como «maestro de una sabiduría subversiva». Este acuerdo —según señala Alberto de Mingo— está basado en algo que cualquier lector de los evangelios ha experimentado alguna vez: después de dos mil años las palabras de Jesús no han perdido su capacidad de sorprender»<sup>28</sup>. Verdaderamente los valores que Jesús propone como capaces de llevar al ser humano a su máximo desarrollo no dejan de ser, a primera vista, desconcertantes: el perdón frente a la violencia, compartir en lugar de acumular, cooperar en vez de competir, ser austeros y no consumistas, amar sin esperar nada a cambio, entregar la vida a los demás en lugar de aspirar a disfrutar a tope y reservarla todo lo posible. Sin duda se trata de una sabiduría alternativa que sólo puede difundir quien ha experimentado en su propia existencia que este camino —estrecho— lleva a una vida abundante (Jn 10, 10) en la que la alegría puede llegar a ser completa (Jn 15, 11). Y, naturalmente, no

<sup>28</sup> De Mingo, Alberto: «Dios no es como te lo imaginas, por eso, otro mundo es posible», *Misión Joven*, n.ºs 372-373 (2008), p.17.

hablamos de la felicidad de pasarlo bien, ni de la alegría que proporcionan los éxitos personales o la falta de conflictos, sino la que nace de sentirse profundamente amados y de llevar una existencia cargada de interés porque genera vida y alegría alrededor. No obstante, cuando decimos que el estilo de Jesús es alternativo, no queremos dar a entender que sea anacrónico. Y esta es una confusión frecuente. La Iglesia debe discernir si las críticas que recibe se derivan de su fidelidad al Señor y a los valores del Reino o a haber sacralizado formas, ideas, valores, signos y estructuras que forman parte de otra época y que hoy resultan verdaderamente superadas.

La tercera dimensión de la vida cristiana consiste en *la fraternidad*<sup>29</sup>. Ésta nos hace concebir la vida como aventura y proyecto compartido con todos los demás seres humanos y no como competición olímpica en la que sólo cuentan los que ganan y baten récords. Varones y mujeres formamos parte de la misma familia, porque tenemos un mismo Padre y ello tendría que situar a los creyentes en los lugares donde se trabaja por eliminar fronteras, distancias, discriminaciones y desigualdades. Más aún, la manera de vivir que más puede enriquecernos es aquella en la que nuestros valores, capacidades, sentimientos y acciones se ponen en común de forma complementaria. Pocas experiencias tocan más profundamente el corazón humano que la de poder sentirse acogido plenamente por otro ser humano en la intimidad más profunda y frágil de lo que somos, sin tener que aparentar nada, pagar nada o disimular nuestras limitaciones. Vivir en clave comunitaria choca, caro está con la actitud individualista que predomina crecientemente en nuestro entorno, pero resulta de vital importancia para afrontar los problemas globales del mundo en que vivimos y para que los pobres encuentren un lugar habitable en «un mundo sin hogar». Si los valores del compartir, la compasión y la ternura no son capaces de complementar los de la competencia, la acumulación y la eficacia, mal futuro nos espera.

<sup>29</sup> Legido, Marcelino: *Fraternidad en el mundo. Estudio de eclesiología paulina*, Sígueme, 1982.

Por último, el Evangelio nos otorga *una misión apasionante* en la vida: la acogida y construcción del Reinado de Dios. También el Espíritu está sobre nosotros para que «demos la buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y anunciar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19). No hay mayor frustración que la de pensar que nuestra vida se ha desperdiciado, que no ha servido para algo útil y valioso. Mucho más allá del éxito profesional y familiar, del nivel de vida confortable o del equilibrio psicológico, Jesús invita a sus discípulos a empeñar todas sus fuerzas en humanizar el mundo con su ayuda y a pelear a brazo partido contra la injusticia. Ese descentramiento y olvido de sí produce, curiosamente, una vida sana, intensa, cargada de plenitud. Decía el obispo Helder Cámara que «el secreto de la eterna juventud consiste en tener una causa a la que dedicar la vida»<sup>30</sup>. Luchar y pelear por aquello que merece la pena es el mejor antídoto contra el aburrimiento, contra el ensimismamiento narcisista, contra el vacío de sentido. No hay peligro de «paro» en esta empresa. Su campo de acción es tan vasto que siempre podremos decir que «la mies es mucha y los obreros, pocos» y tendremos que pedir al dueño que «mande obreros a la mies» (Mt 9, 37-38).

Una última observación. En este momento, tan importante como mostrar la verdad, bondad y belleza del Evangelio, me parece criticar con espíritu profético los contravalores que están deteriorando las condiciones de vida de la humanidad. La Buena Noticia de Jesús es una contrapropuesta a muchos de los valores dominantes en nuestra sociedad. Quienes deseen seguir a Jesús deberán asumir una espiritualidad alegre de «resistencia» e «insumisión» a algunos valores como los de la evasión, el consumismo, el individualismo, el abuso del poder, etc., que generan tanto sufrimiento. Dos son las críticas básicas que desde la fe podemos hacer a la sociedad del bienestar después de reconocer, sin reticencias, que la mejora en el nivel de vida de la población es algo inequívocamente positivo. En primer lugar, que se asienta sobre una injusticia planetaria de dimensión desco-

<sup>30</sup> Frase reproducida de un póster de *Justicia y Paz*.

munal. Mientras que las 500 personas con mayores ingresos del mundo ganan al año lo que 416 millones de pobres, algo menos de 1.000 millones tienen que vivir con un dólar al día y 2.500 millones con dos<sup>31</sup>. En segundo lugar, quienes disponen de un alto nivel de vida material encuentran cada vez más atrofiadas sus capacidades no mercantiles –amar, creer, comunicarse, comprometerse, esperar– y, en consecuencia, su desarrollo personal y social se encuentra seriamente comprometido. Ya he señalado en varias ocasiones que, a mi modesto parecer, el desvarío que aqueja a nuestra sociedad es que lo que el Evangelio considera «añadiduras» –lo que vamos a comer o con qué nos vamos a vestir–, nuestra sociedad ha pasado a considerarlo «esencial», mientras que lo que el Evangelio considera esencial –buscar el reinado de Dios y su justicia–, nuestros conciudadanos han pasado a considerarlo marginal en sus vidas<sup>32</sup>. Como decía la madre Teresa de Calcuta: «en el mundo hay dos tipos de pobres: los que no tienen dinero y los que sólo tienen dinero»<sup>33</sup>.

Sin embargo, esto no significa que los cristianos tengamos que estar a la contra por sistema y, menos, ante todo lo emergente. Son muchos los valores positivos que existen en la cultura posmoderna o ultramoderna y que deben ser tenidos en cuenta para formular el mensaje cristiano de forma que pueda ser significativo para nuestros contemporáneos: el pensamiento provisional, la importancia del presente, el valor de lo emocional, el redescubrimiento de la estética, la tolerancia y el aprecio por la pluralidad, la sensibilidad ecológica, el deseo de disfrutar de la vida, el criterio de verificar las cosas por propia experiencia, la importancia única de cada sujeto, el rechazo de la violencia, la oposición a toda forma de discriminación, el pensamiento global, etc<sup>34</sup>. Es la creatividad de cada evangeliza-

<sup>31</sup> PNUD: *Informe sobre el desarrollo humano 2005*, pp. 4-5.

<sup>32</sup> Gómez Serrano, Pedro José: «Encontrar a Dios en una sociedad consumista», *Sal Terrae* n.º 1.066, pp. 297-310, abril 2003, Santander.

<sup>33</sup> Teresa de Calcuta: *Orar. Su pensamiento espiritual*, Planeta, selección de José Luis González-Balado, Barcelona 1997 pp. 49-63; 149.

<sup>34</sup> Gómez Serrano, Pedro José: «Comunidades cristianas para el comienzo del siglo XXI», *Sinite* n.º 137, septiembre-diciembre 2004, pp. 389-413, Ediciones San Pío X, Madrid.

dor la que puede aprovechar esta nueva sensibilidad para hacer más comprensible y atractivo el mensaje cristiano.

## **ALGUNOS CRITERIOS DE ACTUACIÓN PARA EL TIEMPO QUE NOS ESPERA**

Son demasiadas las repercusiones prácticas que las consideraciones anteriores poseen para el primer anuncio<sup>35</sup>, la predicación<sup>36</sup> o la pastoral<sup>37</sup>. Por ello, en este último apartado voy a intentar esbozar –telegráficamente– algunas pistas de actuación que los agentes de pastoral tendrán que adaptar necesariamente a sus propios contextos<sup>38</sup>:

La experiencia creyente es *lo primero y más necesario, pero no basta*. Si bien es cierto que sin experiencia es imposible comunicar la fe y que, por consiguiente, la primera tarea de formación de los agentes de pastoral consistirá en avivarla, parece claro que existen formulaciones de la misma que hoy no pueden ser entendidas por estar encarnadas en una cultura que ya ha pasado. Todos tenemos la experiencia de conocer a muchos abuelos creyentes, de cuya auténtica fe no podemos dudar, pero que la viven de tal forma (devociones, normas, imágenes, etc.) que poco o nada dice a sus hijos y nietos. Si no somos capaces de formular la fe en un lenguaje simbólico acorde con la mentalidad actual –lo que no implica en modo alguno traicionarla–, el fracaso de la evangelización está asegurado. Ya puede *El Quijote* ser una obra maestra de la literatura universal que si se la leemos a un chino, en español, poco provecho le reportará.

<sup>35</sup> Gavaert Joseph: *El primer anuncio*, Sal Terrae, Santander 2001.

<sup>36</sup> Alberich, Emilio: «Anunciar el evangelio hoy: exigencias y retos», *Misión Joven* n.º 371, pp. 15-24

<sup>37</sup> Equipo ADSIS de Pastoral con Jóvenes: *Jóvenes y Dios*, PPC, Madrid 2007.

<sup>38</sup> He desarrollado estas ideas en Cerezo, José Joaquín y Gómez Serrano, Pedro José: *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro*, PPC, Madrid 2006, y en «¿Por dónde van los tiros? 10 pistas para impulsar una Pastoral de Juventud Actualizada», n.º 318-319, pp. 99-106, julio-agosto 2003.

Necesitamos *recuperar la credibilidad de la experiencia religiosa y encontrar caminos nuevos para iniciarla*. Los excesos del fundamentalismo islámico, del neoconservadurismo protestante y de la contrarreforma católica de las últimas décadas han generado en muchas personas la impresión de que la religión es peligrosa, represiva, intolerante, poco racional, legitimadora del autoritarismo y el patriarcalismo, anticuada... Faltan en nuestro país testimonios ordinarios y públicos de la función sanante y potenciadora de la religión. ¿Cuántas veces y dónde podemos decir «venid y veréis» y «mirad cómo se aman»? Si bien el mejor argumento para este debate es el de las vidas dichosas de las personas y grupos que se comprometen solidariamente en mejorar el mundo, no dejamos de necesitar una reflexión teórica que muestre la bondad de una fe vivida crítica, madura y apasionadamente.

La imprescindible *reconversión institucional* resulta otra precondition necesaria para que la transmisión de la fe sea posible. Se trata, lo sé, de un obstáculo formidable. Cuántas veces el trabajo educativo de años se ha ido al traste cuando los jóvenes, al crecer, han tomado conciencia de que entre el maravilloso Evangelio que se les mostraba en la catequesis y la praxis organizativa de la Iglesia había un abismo. No podemos pretender que los jóvenes se metan en la máquina del tiempo cuando entran en la Iglesia. La discriminación de género, el dogmatismo, el clericalismo, la rigidez litúrgica y la postura oficial de la Iglesia ante la sexualidad constituyen obstáculos casi insuperables para la incorporación efectiva de los jóvenes más lúcidos a la comunidad cristiana.

En el futuro próximo, los relatos del encuentro de *Jesús con la Samaritana* (Jn 4, 1-43) y de los *discípulos de Emaús* (Lc 24, 13-35) constituirán el *paradigma habitual* de la evangelización. Salir al camino, acercarse a cada cual en sus circunstancias de un modo espontáneo, trabar contacto con individuos o grupos pequeños, escuchar y acoger en profundidad a todos, mostrar la propia sed de Dios y nuestra misma vulnerabilidad, establecer conversaciones personalizadas y progresivas, provocar —a través de preguntas— una comunicación interactiva, evocar con imágenes

simbólicas los anhelos soterrados de esperanza y plenitud, hablar de corazón a corazón, acompañar un trecho del camino de la vida sin pretensiones de control, ayudar a descifrar –con la ayuda de las Escrituras– lo nuclear de la experiencia de la vida...

Lejos de la dinámica del invernadero, los espacios eclesiales deberían ser *microclimas abiertos a todo tipo de gente y a la cultura posmoderna*. Aunque ésta haya sido percibida tanto por los tradicionalistas como por los progresistas como una degradación de la cultura y aunque resultaría ingenuo negar el tremendo impacto del individualismo, el consumismo y la trivialidad, también es cierto que existen valores emergentes muy positivos y sensibilidades que pueden facilitar una presentación atractiva del Evangelio: el afecto, el sentimiento, la estética, la creciente conciencia global, la modestia en el conocimiento, el valor de lo pequeño, el deseo de realizar mejoras efectivas en el mundo, el aprecio por lo lúdico y el disfrute de la vida, el rechazo de todo tipo de discriminación y de la violencia, la búsqueda de mayor armonía interior, el cansancio de la mera diversión, etc.

Tan importante como comunicar contenidos acertados resulta hoy *capacitar para la fe*. Esto supone cultivar un conjunto de valores y actitudes que hagan más fácil notar el paso de Dios por la vida. Porque nuestra cultura nos prepara técnica y profesionalmente, pero nos mantiene atrofiados en numerosas dimensiones fundamentales: capacidad para hacer silencio, capacidad para interrogarse, capacidad para contemplar, capacidad para agradecer, capacidad para comunicar, capacidad para pelear, capacidad para indignarse, capacidad para soñar, capacidad para confiar, capacidad para arriesgar, capacidad para resistir, capacidad para colaborar, capacidad para compartir, capacidad para sentir, capacidad para empatizar, capacidad para ser libres, etc.

El camino natural para el encuentro con el Señor pasa por experimentar en primera persona –y en estrecho contacto con otros creyentes– que Jesús conduce a una vida que merece la pena y, por consiguiente, eso

que algo impropriamente llamamos la transmisión de la fe debería centrarse *en iniciar y acompañar reflexivamente a las experiencias –no a las teorías– cristianas básicas*: orar, servir, compartir y celebrar. Es en ellas, cuando son realizadas con autenticidad, donde se descubre la permanente validez del original estilo de vida que introdujo Jesús y llega a ser posible encontrarse –en el fondo del corazón y de la realidad– con el autor de la vida.

Creo que a nosotros nos toca dar gratis lo que hemos recibido gratis (Mt 10, 8). Mostrar con toda nuestra vida que pensamos como Pedro: «¿Adónde iremos, sólo tú tienes palabras de vida eterna?» (Jn 6, 68). Confiar en que los caminos de Dios van mucho más allá de los nuestros en su deseo de encontrarse con cada ser humano. Y que, a la postre, no somos responsables de la respuesta que pueda dar cada destinatario a la insólita proposición de «tirar la casa por la ventana» para seguirle. No nos toca a nosotros conocer el día ni la hora en la que una persona descubrirá «el tesoro escondido en el campo». Bastante será que hayamos sido más estímulo que obstáculo para ese encuentro.